

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

SINAPISMOS

LAS PALABRAS Y EL TIEMPO

DE pronto, escribiendo un papel sobre cualquier tema, acude a mi memoria la palabra «sinapismo». Y la empleo, desde luego. No se trata, por supuesto, de una referencia literal —una mención—, sino de un simple, modesto recurso metafórico. Al fin y al cabo, a estas alturas, ¿quién se acuerda ya de los sinapismos? Es muy probable que algún rincón tozudamente agropecuario conserve en vigor el vocablo y el objeto. En mi niñez rural, el sinapismo todavía era algo válido, en los trámites de la farmacopea doméstica. He de suponer que, con los progresos de la terapéutica, la cataplasma habrá sido sustituida por grajeas, o sueros, o inyecciones, bastante más eficaces. Consulto el Diccionario del señor Casares, que es el que tengo a mano, y el término «sinapismo» viene descrito de esta forma: «Tópico hecho con polvo de mostaza». ¿Tópico? Pues sí: «tópico». Me sorprende la acepción, y la aclaro: «Medicamento externo». ¿Quién lo diría? Más o menos, equivale a la vulgar «cataplasma»: a las cataplasmas de mi época, cuando los boticarios aún eran boticarios... Y no deja de ser curioso que, hoy, «sinapismo» ofrezca el aspecto de un fósil lingüístico rudamente popular: propio de aldea o de barriada, más que de clínica o de cátedra. En su origen, probablemente moderno, fue un engendro culto: cultísimo. Cosa de facultativos.

Ahora, hasta el más humilde y provinciano de los laboratorios al servicio de nuestra salud se avergonzaría de poner en el envase de sus productos la indicación: «Elaborado con polvo de mostaza». La mostaza ha dejado de ser un ingrediente sanitario: sus virtudes curativas, en la hipótesis de que continúan reconocidas, se ven obligadas a traducirse en estricta fórmula química. La droguería habitual suele expresarse mediante un complejo juego de raíces, prefijos y sufijos gloriosamente aferrados a la matriz grecolatina. Bien mirado, es el último reducto de las humanidades clásicas... Todo es relativo, en este mundo. Y más que nada, lo es la manera de «hablar». Cada generación, cada clase, cada comarca, tiene su léxico. ¿Sinapismo? Es un ejemplo. Para mí, sus cuatro sílabas tienen y mantienen un perfume evocador, de tiempo pasado, de alcoba familiar, de catarro infantil, o de cualquier cosa entrañable, terriblemente experimentada, pero ya convertida en residuo senil. Puedo perfectamente imaginar que, dentro de cincuenta años, decir «aspirina» será algo parecido. Porque nadie debe engañarse: dentro de cincuenta años, «aspirina» será un arcaísmo que los supervivientes de nuestra convivencia pronunciarán con temblorosa ternura. Los vecinos de Nueva York, de Londres, de Moscú, de Chicago, de París, en este momento, si cuentan con «gallina», «acelga» o «vaca» en sus usos verbales, es como el «sinapismo» de mi infancia: una noción confusa y olvidable.

En efecto: vendrá un día en que la palabra «aspirina» parecerá tan emotiva como para nosotros pueda serlo

«tisana». Hemos llegado a un punto en que la «tisana» es inconcebible. Por fortuna: reconozcámoslo. Una simple pastillita de nomenclatura endiablada consigue una eficacia cien, mil veces mayor que la candorosa taza de infusión con pretensiones de remedio. Me pregunto, de pasada, si todavía las farmacias expenden tisanas. Quizá no. Es muy probable que hayan descendido al nivel extracientífico de las tiendas de herbolario. En algún instante febril, me dieron a beber «tissana dels quatre grans», y dio resultado: tras aquel vago líquido, de receta y cocción estipuladas, había milenios de experiencia, con Galeno y Arnau de Vilanova de por medio. Cualquier antipirético de fábrica, actual, resuelve el problema con más rapidez y con más seguridad. ¿O en vez de la tisana era otro brebaje, de estructura similar, vegetal y paleolítica? No importa. No intento hablar de «medicinas», sino de «palabras». Las medicinas se concretan en palabras, y unas y otras, palabras y medicinas, quedan insertas en el tiempo: en una posibilidad de nostalgia. La enfermedad, episodio ineluctable, nos iguala a todos. Y si hay suerte, la convalecencia. ¡Oh, los caldos de puchero, tan sabrosos por su dosis sabia de grasas como por el cuidado maternal que los cocinaba!

Todo eso es poesía lírica, en el peor sentido de la etiqueta. Pero, a la vez, es una objetiva, casi palpable, realidad lingüística. No la desdeñemos. Lo de menos es el «sinapismo» o la «tisana»; lo de menos, incluso, es la «gallina», la «acelga» o la «vaca». Las multitudes urbanas de nuestros días —las de urbes imponentes— no saben lo que es una gallina, una acelga o una vaca: consumen «equivalencias» manufacturadas de tales entidades primarias. Las criaturas de esta sociedad están destinadas a considerar la gallina como una «estampa» de libro o de televisión, similar al puma o al unicornio. Quizá en algún parque zoológico le exhiban el viejo animal comestible: su relación palatal vendrá reducida a sopas en sobre o en cubitos, que apenas conservarán una lejana reminiscencia del gusto originario, de olla preindustrial. Las cosas y los vocablos que las designan se articulan en una «ecuación» evidente. Y precaria. Las palabras duran más que las cosas. Las cosas duran más que nosotros: sus fabricantes y sus usuarios. Pero las palabras aguantan todavía más. He escrito «unicornio», y ya es un dato: ¿unicornio? Nunca hubo unicornios. Pero hubo gallinas, y caballos, y coles, y rosas. Hubo tisanas y sinapismos. Un día dirán: «Hubo aspirinas», «hubo aviones», «hubo computadoras». Las cosas de entonces serán otras, y las palabras se resistirán a desaparecer. Desaparecerán por fin, y eso dará materia a las cátedras de filología. Pero el proceso, a nivel humano —de usted y de mí—, no dejará de ser una estupenda aventura.

Joan FUSTER

DE RE FACIAL

UN RATO A BARBAS

El «Círculo de Amigos de la Barba» en Barcelona, eligió al «Barbudo más importante de 1970» y la distinción recayó en el doctor Poal. (De los periódicos)

—¿DE qué se ríe usted?

—De mis propias barbas, amigo. Me subo yo mismo a las barbas.

—¿Descubre usted ahora sus propias barbas?

—Las descubri hace mucho tiempo. Por cierto que cuando en 1935 empecé a explicar Economía Política en la Universidad de Santiago mis barbas eran las únicas y fueron objeto de muchos comentarios. Entonces era muy joven. Ahora empiezo a descubrir a los barbudos que por fin deciden organizarse siguiendo la moda del siglo, ya que hasta ahora nos limitábamos a dirigirnos tímidas miradas de simpatía en la calle cuando raramente nos encontrábamos. ¡Tiempos aquellos, en los que como alguien dijo, la posesión de una barba daba a un ciudadano consideración y respeto! Los dibujantes no sabían presentar una familia modelo sin dotar al progenitor de una amplia barba en el rostro, capaz de ocultar el lazo de la corbata. Tiempos aquellos...

—Menuda guasa se trae usted con sus barbas, que no son por cierto tan largas como las de los progenitores de antes...

—Algo, alguna concesión a los tiempos, amigo mío. Pero no crea usted que hablo demasiado en guasa. Me siento solidario en este caso con mis colegas, rebeldes a la navaja, a la «gillette» y a la brocha. Por cierto que hace bastantes años, estando en Londres, me tocó presenciar un congreso en el que se proclamó —en este aspecto, naturalmente yo me excluyo— que el uso de la barba es un signo de superioridad.

—¿Dónde tuvo lugar ese congreso?

—En el propio Londres como le digo, donde empezó a ponerse entonces la barba de moda. Los varios millares de ciudadanos londinenses que no contribuyen a la prosperidad de las fábricas de cuchillas de afeitar se reunieron en una comida de hermandad, acaso una de las más curiosas de cuantas se han celebrado allí en lo que va de siglo. Las paredes del local estaban repletas de grabados representando a los seres que contribuyeron al progreso de la humanidad con su cerebro y a la estética de su tiempo con sus barbas. En la presidencia un centenar de barbudos personificaban a otros personajes, aunque esto presentó algunas dificultades.

—¿Por qué, si todos eran barbudos?

—Imagínese usted por ejemplo la dificultad para personificar al Faraón que reinaba en Egipto el año en que comenzó el éxodo del pueblo hebreo y al que describe el Talmud como un ser en posesión de una barba de más de dos codos de longitud... Por otra parte, como las barbas más antiguas que se conocen eran falsas —las pinturas del antiguo Egipto nos muestran unas barbas de forma metálica que los sacerdotes y otros personajes se pegaban al rostro para ciertas ceremonias— no hubo más remedio que conceder el primer asiento en el banquete a un señor que se mandó hacer una barba de metal y la pintó con purpura.

—Qué cosas más extrañas hay en torno a las barbas. No las sabía...

—Baudelaire, en una ocasión, se paseó por París con la barba teñida de verde, lo que no está demasiado mal si bien se mira. En el congreso de que le hablo se rindió homenaje al hombre que más dinero donó por la conservación de una barba: Gabriel de Mitilene, cuando su yerno Balduin de Edessa, que después fue rey de Jerusalén, le presentó un documento en el que probaba que había empeñado su barba en 30.000 bizantinos de oro, y accedió a entregarle esa cantidad antes que consentir que el marido de su hija se viese desposeído de sus adornos faciales. Podría contarle otras muchísimas cosas en relación con las barbas, sin necesidad de hacer referencia a nuestro Cid Campeador, ni a los hippies que por cierto ostentan unas barbas sucísimas y selváticas, sin cuidado ni desbrozo. Pero se haría esto interminable.

—¡Afétese!

—¡No sabe usted lo que se le quiere a una barba!

José María CASTROVIEJO

International Wigs Creation
artífice exclusivo de las pelucas

Kaydee

Se complace en dar la más cordial bienvenida a todos los participantes del VI FESTIVAL INTERNACIONAL DE LA PELUQUERIA ESPAÑOLA

y tiene el gusto de ofrecerles el nuevo estilo de sus últimas creaciones para la primavera 1971 en SU STAND n.º 7 y 8, DEL FESTIVAL.

Las Pelucas

Kaydee

viven como su cabello. Hechas 100% de KANEKALON

Pídalas al mayor Almacén de Europa
Plaza de los Mostenses
Edificio Parking, 6.º n.º 61
MADRID



Vacaciones 71

EN SEMANA SANTA

5 días en

MENORCA DESDE 3.600 PTAS.

Viaje en modernos AVIONES de la Cia. Spantax. Pensión completa. Hoteles seleccionados. Traslados y asistencia guías

Consulte a:
SU AGENCIA DE VIAJES

¿TERMITAS? ¿CARCOMAS?

Tratamiento garantizado

ZELTIA AGRARIA, S. A.

Rosellón, 453. Barcelona. Tels. 2366278 y 2352378